

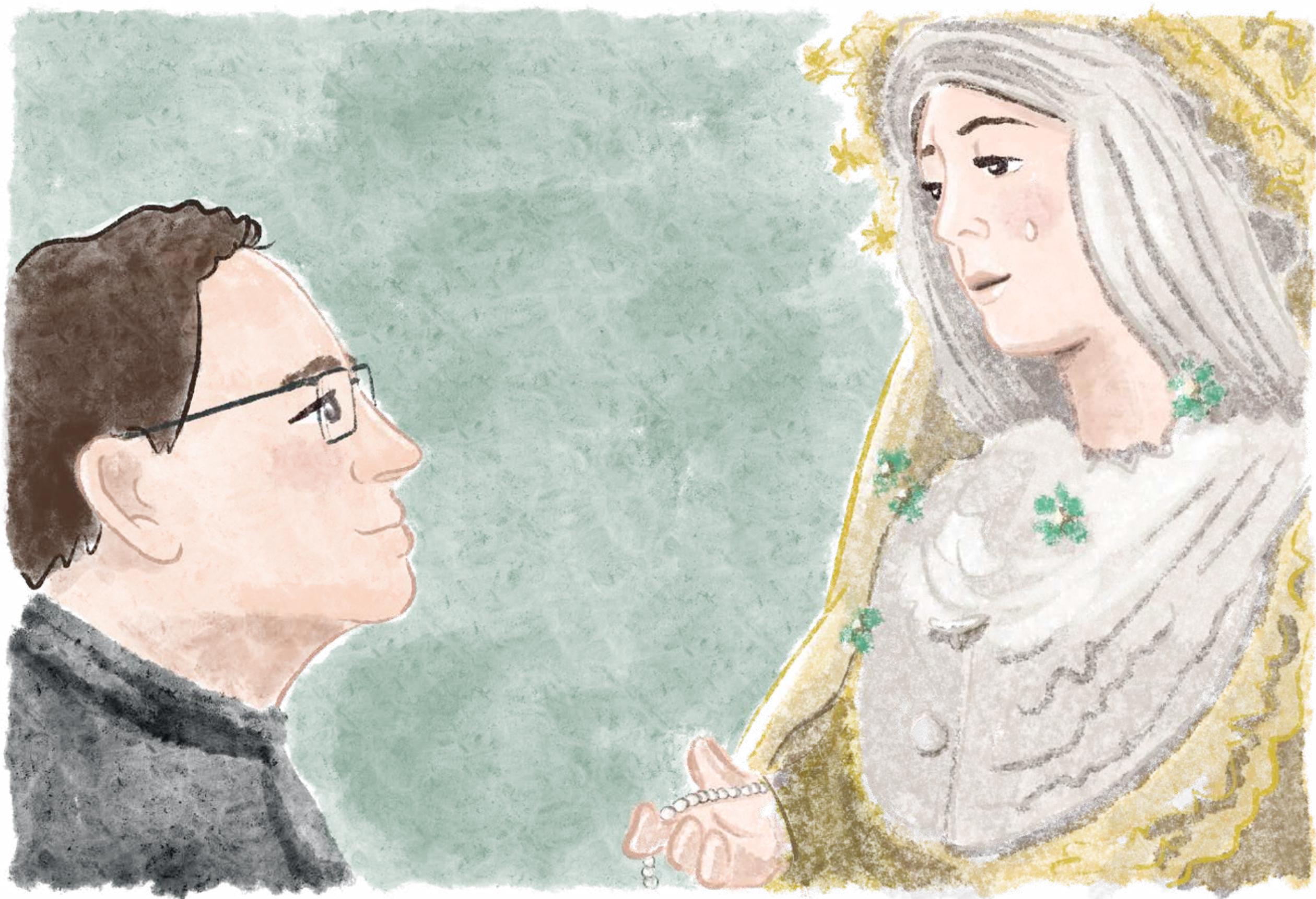


-**P**ara tu primera misa solemne elegiste una iglesia y una ciudad muy especial para ti, la basílica de la Esperanza Macarena en Sevilla. La fecha fue el 12 de octubre de 1956 -recordó san Francisco.

-Pedí al padre Tineo, el cura que había casado a mis padres, que celebrara conmigo. En la lectura del Evangelio se leyó la resurrección del hijo de la viuda de Naim (Lc 7. 11-17), en esa lectura Tú (mirando a Jesús) vas a entrar en la ciudad de Naim pero te encuentras con el entierro de un joven, y su madre, ya viuda, llora la pérdida de su único hijo, Tú te acercas y le devuelves la vida al muchacho -contó Diego Ernesto.

Jesús fijaba la mirada en los labios de Diego Ernesto casi sin pestañear, mientras contaba aquella experiencia. Era una mirada llena de ternura, agradecida por el Sí de Diego Ernesto.

-Al acabar la Eucaristía me arrodillé debajo del púlpito de la basílica, justo delante de la imagen de la Esperanza Macarena, observé con detenimiento el rostro de la imagen y me dije: Tú lloras por el dolor de ver a tu Hijo en la cruz pero a la vez sonrías, porque tienes Esperanza en la Resurrección. Pensé que eres Madre, como aquella madre viuda que acompañaba al cadáver de su único hijo, y lloras como ella y tienes esas lágrimas sobre las mejillas, y me sobrecogió el sentimiento de hacer algo para quitar esas lágrimas de tu cara, algo para que no hubiera dolor por ver a tantos jóvenes



“muertos” por el mundo, sin una vida digna, sin sentido, sin alegría, sin felicidad. Me propuse en esos momentos hacer algo para que los jóvenes te conocieran, Jesús, y también a ti, Madre mía y de esa forma volverían a la vida y todo tendría sentido, porque el sentido de nuestra existencia eres Tú -contó con emoción Diego Ernesto.

Todos los presentes del Comité de Bienvenida estaban emocionados, con la piel de gallina. Esta experiencia de Diego Ernesto fue fundamental.

-En ese instante, supimos que era el momento propicio para hablarte al corazón -dijo María con gran emoción-. Así que me dispuse a explicarte sin palabras pero con mucho amor todo lo que esperábamos de ti y de la obra que tenías que empezar a construir, eras nuestras manos en el mundo. Niños y jóvenes pobres, pobres, pobres que necesitaban nuestra



amistad, pero nunca llegarían a conocernos si tú y tus seguidores no se lo proponían. Niños y jóvenes que parecen muertos, sin vida porque nadie los quiere, ese es el objetivo: darles amor y explicarles cómo contactar con nosotros. No iba a ser fácil, te advertí, pero con esfuerzo y sacrificio se conseguiría.

-Intenté anotar todo lo que me venía a la cabeza pasando por el corazón, lo escribí todo en una agenda que luego revisaba a menudo para ver si iba dando los pasos en el sentido correcto o me estaba equivocando -dijo Diego Ernesto.

-Fue una experiencia clave, eras un sacerdote joven con toda la vida por delante, bien formado y con gran amor a Jesús y María -dijo Carlos de Foucauld-. La Obra que se te encomendó empezaba.

-La experiencia fue tan grande que esa misma tarde contacté con un grupo de muchachos de allí mismo, Sevilla, y tuvimos un par de reuniones. Pero ese inicio fracasó porque tuve que marchar para Málaga.